

UNA BOTÁNICA DE CONQUISTA: HOJAS Y NERVADURAS EN EL ARCHIVO VIVO

MARTÍN DE MAURO RUCOVSKY

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
Instituto de Humanidades, FemGes, Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH),
Universidad Nacional de Córdoba (UNC)
Argentina

Aceptado para publicación el 18 de mayo de 2026

Resumen

Seguir el pulso a las nervaduras implica desandar el relato de la Expedición al Río Negro (1879) para hallar, entre especímenes prensados y diarios militares, los hilos de una violencia que fue tanto territorial como epistémica. Este trabajo explora la labor de los naturalistas Paul Lorentz y Gustav Niederlein no como testigos modestos de una naturaleza inerte, sino como agentes de una “anticonquista” que, bajo el velo de la ciencia objetiva, sistematizó el despojo. Mediante la noción de disparidad vegetal (*plant awareness disparity*) subrayo la ceguera que redujo la flora a un fondo pasivo, ocultando el epistemicidio de los saberes indígenas. Finalmente, propongo vegetalizar el museo: transformar el archivo botánico —esa materia biodegradable hecha de papel y tiempo— en una interfaz viva que aprenda de los ritmos metabólicos de las plantas para liberar memorias y futuros que la historiografía oficial pretendió desecar.

Palabras clave: biopoder vegetal, testigo modesto, disparidad vegetal, epistemicidio.



A BOTANY OF CONQUEST: LEAVES AND VEINS IN THE LIVING ARCHIVE

Abstract

Following the pulse of veins entails retracing the narrative of the Rio Negro Expedition (1879) to uncover, amidst pressed specimens and military journals, the threads of a violence that was both territorial and epistemic. This study explores the work of naturalists Paul Lorentz and Gustav Niederlein not as modest witnesses of an inert nature, but as agents of an "anti-conquest" that, under the veil of objective science, systematized dispossession. Through the notion of plant awareness disparity I underline the blindness that reduced flora to a passive backdrop, concealing the epistemicide of Indigenous knowledge. Finally, I propose vegetalizing the museum: transforming the botanical archive —a biodegradable matter of paper and time— into a living interface that learns from the metabolic rhythms of plants to release memories and futures that official historiography sought to desiccate.

Keywords: vegetal biopower, modest witness, plant awareness disparity, epistemicide.

UMA BOTÂNICA DE CONQUISTA: FOLHAS E NERVURAS NO ARQUIVO VIVO

Resumo

Seguir o pulso das nervuras implica desandar o relato da Expedição ao Rio Negro (1879) para encontrar, entre espécimes prensados e diários militares, os fios de uma violência que foi tanto territorial quanto epistêmica. Este trabalho explora o labor dos naturalistas Paul Lorentz e Gustav Niederlein não como testemunhas modestas de uma natureza inerte, mas como agentes de uma “anticonquista” que, sob o véu da ciência objetiva, sistematizou o despojo. Mediante a noção de disparidade vegetal (*plant awareness disparity*) sublinho a cegueira que reduziu a flora a um fundo passivo, ocultando o epistemicídio dos saberes indígenas. Finalmente, propõho vegetalizar o museu: transformar o arquivo botânico —essa matéria biodegradável feita de papel e tempo— em uma interface viva que aprenda com os ritmos metabólicos das plantas para liberar memórias e futuros que a historiografia oficial pretendeu dessecar.

Palavras-chave: biopoder vegetal, testemunha modesta, disparidade vegetal, epistemicídio.



Historia plantarum

El proyecto que quiero contar podría tener múltiples inicios. Uno estaría ocurriendo en la Patagonia argentina, durante los meses de abril a julio del año 1879. Ahí, en la pampa se abre camino el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos. Ahí mismo se inicia una excursión que se dirige en dirección al Río Negro y luego hacia el territorio nacional de Neuquén hasta llegar a Mendoza. Al mando del general Conrado Villegas y del general Julio Argentino Roca, quien entonces fuera ministro de guerra de la presidencia de Nicolás Avellaneda, un 29 de abril parte la excursión desde Carhué (en el sureste de la provincia de Buenos Aires) hacia tierras indómitas. El resultado de esta incursión es tan conocido como revisitado, el exterminio y aniquilamiento consuetudinario a través de la anexión de una cantidad de territorios a pueblos y tribus indígenas al patrimonio del estado argentino. La llamada Campaña de Conquista del Desierto, contaba con efectivos del Ejército Argentino organizados en cinco divisiones y además se incluían en sus filas a funcionarixs, sacerdotes, periodistas, personal médico, dos naturalistas alemanes y un fotógrafo retratista. La llamada “excursión al Río Negro” fue una campaña militar atravesada por un interés religioso, científico y periodístico. En cualquier caso, estamos hablando de una tradición historiográfica que construye una narrativa épica, o más bien, una epopeya masculinista cuya prédica consiste en un ejercicio de expansión y dominio territorial. Una excursión que es una guerra de fronteras motivada directamente por la renta ganadera y la economía agroexportadora que fueron o quisieron ser un acontecimiento de modernización con miras a un tiempo futuro.

Una nueva posibilidad para presentar este proyecto podría ser el momento en el que llegué con el artista Mauricio Cerbellera y lxs investigadores Ana Neuburger, Franca Maccioni, Gabriela Milone y el profesor visitante, Javier Uriarte, a realizar una visita guiada al Museo Botánico ubicado en la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Es octubre de 2024. No estamos solxs, dos biólogxs nos acompañan junto al resto de lxs integrantes de los equipos de investigación donde participamos. Recorremos las salas de exposición orientados por lxs guías del museo hasta que una sección dedicada a “Los orígenes de las exploraciones botánicas argentinas” me inquieta: allí vemos una reproducción del icónico cuadro de Juan Manuel Blanes “La Conquista del Desierto” (año 1889), debajo de este un billete de cien pesos —que reproduce un recorte, un encuadre del cuadro— y alrededor de estos se ubican mapas ilustrativos, tantas otras plantas herborizadas, un ejemplar del *Informe oficial de la comisión científica agregada al estado mayor general de la expedición al río negro (Patagonia) realizada bajo las órdenes del general D. Julio A. Roca* (1881) y algunas fotografías de pueblos indígenas “diezmados”. Me encuentro sorprendido por lo que veo, mientras escuchamos el relato de los guías conversamos en susurros sobre la expedición, su contexto de avanzada militar y el rol de los naturalistas en ese terreno que intuyo es un laboratorio a cielo abierto. Tengo la impresión de conocer la cartografía de

estos expedicionarios, de sus asaltos y repliegues, de saber dónde se ocultaron y que lugares atacaron, de reconocer las zonas que no lograron invadir. No puedo evitar la consulta a lxs guías, por estos dos científicos mencionados en la muestra, el botánico Paul Lorentz y su ayudante Gustav Niederlein, por cómo realizaban sus prácticas de herborización, taxonomía y estudio en el teatro de operaciones, es decir, durante el enfrentamiento bélico. Sin mayores detalles me explican que desconocen con detalle sus actividades y hasta presuponen que los naturalistas se retiraban a lugares apartados dentro de los fortines a trabajar con minucia en su tarea. Esa imagen, efectivamente, aparece retratada en el cuadro de Blanes, pero no así en el billete, ese es, espejulo, el encuadre que hace al marco oficial de la narrativa científica.

Luego de esa mañana de octubre, me vi empujado por la energía de algunos interrogantes: ¿Qué pasa con lo que omitimos, que pasa con lo no dicho de un acontecimiento pero que, no obstante, está ahí, disponible, en la superficie, a la vista? ¿desde dónde miramos un acontecimiento y desde dónde podemos abordarlo? “¿Se puede hablar del presente (y hablar en presente) dentro de un museo?” agrega Ana Longoni (2025).

La presencia de los botánicos alemanes como Paul Lorentz y Gustav Niederlein, quienes recolectaron más de 300 especímenes de plantas durante la Campaña Militar (Figura 1), me obliga a plantear otras inquietudes sobre la compleja trama que une la exploración científica, la taxonomía botánica y la violencia colonial. Su labor, hoy resguardada en el Museo Botánico de Córdoba, es el reflejo de una mirada disciplinar que se dedicó a clasificar la naturaleza mientras, en ese mismo gesto, invisibilizaba el despojo y el exterminio que hicieron posible la producción de tal conocimiento.



Figura 1. Mapa de campaña, exhibido en el Museo Botánico.
Foto del autor.



Viaje al fondo de los fantasmas

Una nueva posibilidad para empezar este proyecto, pero desde otro lugar podría ser esta otra pregunta. Nuestra atención siempre ha estado puesta en la búsqueda de los cuerpos, en un registro de la violencia sobre los cuerpos humanos. Durante tres meses que duró la expedición al Río Negro, hubo aproximadamente 14 mil indixs “reducidos”. En total, fueron cerca de 6000 militares sumados a 1000 indixs aliadxs los que participaron de esta operación. Entre las tribus “vencidas” se incluyen a los pueblos salineros, ranqueles, puelches, pehuenches, huiliches, manzaneros, tehuelches y onas. Desde el inicio de la Campaña quedaron registradas denuncias públicas sobre las atrocidades cometidas —Bartolomé Mitre en diario La Nación, Aristóbulo del Valle en la cámara de Diputados y hasta el gobernador del territorio nacional de Río Negro, el militar y escritor Álvaro Barros—. En 1885 y 1886 el director del Museo de La Plata, Francisco P. Moreno exhibió en vitrinas a un grupo de indixs tomadxs prisionerxs durante la excursión al Río Negro (episodio retratado en *Historia Natural* de Marina Yuszczuk, 2025). El asesinato de esos Pueblos Indígenas fue el preámbulo de lo que sucedería a lo largo de los siguientes años —hasta enero de 1885, que completaron la conquista del área cordillerana, desde Neuquén hasta la provincia del Chubut— con otros pueblos y tribus, otros territorios, otras culturas más. Este relato, resumido en pinceladas gruesas que acabo de hacer es parte de la información pública disponible, donde quiera que se busquen las fuentes.

Casi ciento cincuenta años después de la Campaña, podemos también hacernos otras preguntas además del ¿Dónde están? ¿Cuáles son las huellas y rastros de estos pueblos y tribus reducidos? formuladas por años, por décadas. Preguntarnos por ejemplo por la dimensión vegetal y medioambiental de esta Campaña o interrogarnos por esa dimensión desde el herbario que organizaron los naturalistas Lorentz y Niederlein durante su desarrollo. O por indagar en ¿qué relación guarda el archivo botánico, la conservación de especímenes y tipos de plantas, con la crisis medioambiental y la pérdida de biodiversidad?

Es a través de esta fisiología floral, literalmente extendida en el medio, que los herbarios y colecciones botánicas son la clave desde donde abordar un sesgo y una insuficiencia epistemológica. La focalización exclusiva en el drama de los cuerpos humanos a menudo deja en la penumbra otra dimensión del genocidio: la invisibilización de la flora y el territorio que fueron transformados y violentados en el mismo proceso. Me interesa pensar este despojo a través de la categoría de *plant blindness* o *plant awareness disparity*, en castellano, ceguera vegetal o disparidad en la conciencia sobre las plantas (Parsley, *et al.*, 2022; Wanderse y Schussler, 1999), que describe la tendencia a relegar las plantas a la condición de un mero 'telón de fondo' de la vida animal y humana. Al ignorar la agencia del entorno botánico, el relato histórico incurre en un sesgo antropocéntrico que devalúa lo no humano, omitiendo que las plantas son las mediadoras primordiales entre el mundo



físico y el biológico, y que su recolección taxonómica fue tan constitutiva de los procesos de genocidio y aniquilamiento —en otros términos, el carácter de epistemicidio vegetal de saberes indígenas previos— como la captura de los cuerpos.

Más que una historia de la botánica o una aproximación botánica al desierto, el proyecto que estoy iniciando es una cartografía posible de las relaciones de poder que modelaron —y aún modelan— los saberes sobre la naturaleza. Podemos preguntarnos, por ejemplo: ¿qué rol cumplió la botánica durante la expedición al Río Negro? ¿Existe acaso una suerte de simetría (por analogía isométrica o por copertenencia) entre la avanzada territorial y la avanzada del conocimiento botánico ligada a la práctica científica disciplinar? Estas son algunas de las preguntas iniciales que apuntan no solo a las tecnologías de dominación sobre la naturaleza sino también al proceso de institucionalización posterior en el archivo, esto es, los vínculos posibles entre el museo y el ser de las plantas.

Para seguirle el pulso a estas nervaduras, a través de la diseminación de formas en distintos géneros, vamos a realizar un movimiento exploratorio en cinco pasos, instancias todas de avanzada por ramificaciones, comienzos posibles y en contigüidad, la recapitulación y los retrocesos. Abrimos la puerta a un territorio poblado de vida floral y una vez abierta es difícil volver atrás. En el primer paso, titulado “Hagiografías vegetales”, volvemos sobre algunos aspectos biográficos referidos a los dos naturalistas alemanes que participaron en la Campaña pero leídos a través de una mirada de paralaje. Recuperando la visión corrosiva de Donna Haraway y Mary Louise Pratt, y haciendo de la óptica un recurso para la narrativa, la retícula parece moverse sobre el objetivo a fin de ver la práctica científica desde una perspectiva no inocente. A continuación, el apartado titulado “Un desierto poblado de vida vegetal”, se detiene en la articulación y desarticulación del desierto como figura operativa, a nivel biopolítico —o como gubernamentalidad liberal— pero también entendido en su consideración biótica como medioambiente y entorno ecológico. En tercer lugar, en el apartado denominado “Un museo vegetal: la tierra y la humedad de la memoria botánica”, la avanzada continua mediante una actividad especulativa en consideración del museo y la organización institucional del herbario recolectado durante la Campaña, pero desde un lente que pone el foco en la recursividad de las plantas almacenadas. Se trata entonces de un archivo botánico que aloja una memoria vegetal en su consideración como ser biodegradable. En la penúltima parada, “Destreza visual y economía del conocimiento”, indagamos en el ojo experto y la nomenclatura binomial como una victoria léxica sobre los territorios conquistados. Se analiza aquí cómo el herbario opera mediante una disección selectiva que, al tiempo que percibe el fragmento botánico, ignora deliberadamente el entorno biótico y los saberes nativos, consolidando una economía del conocimiento extractiva que desarraiga a la planta de su sustrato cultural para lanzarla al mercado global de la ciencia. Por último, un tallo florece desde el sistema radicular en “Brotos, raíces, rizomas”, donde buscamos leer el archivo a contrapelo para vislumbrar los rastros y vacíos dejados por el aniquilamiento. Ante el



fallo metabólico del museo tradicional, se propone habitar ese nudo de hilos y silencios para ensayar un aprendizaje de las plantas: una memoria hecha de brechas que se abre como una membrana viva frente al olvido deliberado del daño.

Hagiografías vegetales

Comienzo a revisar bibliografía y archivos. Empiezo por las biografías elogiosas de los naturalistas participantes porque estos fueron, precisamente, quienes organizaron una colección de más de trescientas plantas durante la Campaña y que actualmente forma parte del acervo del Museo Botánico en Córdoba y otra selección está resguardada, presuntamente, en el Museo Botánico de Berlín-Dahlem —Botanischer Garten und Botanisches Museum Berlin-Dahlem—. Paul Günther Lorentz (1835-1881) fue el primer director del Museo Botánico de Córdoba, seleccionado por Karl Burmeister para tal función bajo la encomienda del entonces presidente Domingo Faustino Sarmiento de promover la Ciencias Exactas y Naturales en la Universidad Nacional de Córdoba. Siguiendo esa estela, hacia 1882, Córdoba militaba por mantener su prestigio como “cuna de la ilustración sudamericana” dentro de un proceso de creciente profesionalización. De origen alemán pero nacionalizado argentino, Lorentz fue profesor de Botánica especializado en musgos, algas y micología y realizó también varias expediciones por la Mesopotamia y el Chaco, llegando a presentar su obra *Cuadro de la vegetación de la República Argentina* —en alemán, *Die Vegetationsverhältnisse der Argentinischen Republik*, año 1876—, que es considerada el inicio de los estudios fitogeográficos en el país. Gustav Niederlein (1858-1924), por su parte, formó parte de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba bajo la tutela del también botánico alemán Georg Hieronymus, al año siguiente de su llegada formó parte de la excursión al Río Negro (Figura 2) acompañando a Lorentz, aunque hacia el final de la campaña realizó una trayectoria a caballo hasta Mendoza.

Figura 2. Antonio Pozzo “Álbum de visitas. Expedición al Río Negro” (1879). Foto del autor tomada de la muestra Museo Botánico de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba



Años más tarde participó de la exploración de tierras en Misiones, de la comisión designada para definir los límites con Brasil (1886) y encabezó una comisión propuesta por el gobierno para recoger material que enviará a la Exposición de Chicago. A partir de su trayectoria en Argentina, secundada por su participación en el Museo Colonial de París, luego en las islas Filipinas, Honduras, China, Japón y hasta llegar a la exposición de San Louis en Estados Unidos (1904), la de Niederlein puede ser concebida como una práctica botánica que construye el capital cultural que le da ingreso al mundo científico trasnacional. Pero Niederlein combina además un entrenamiento en la realización de exploraciones a las áreas no incorporadas al sistema capitalista global, en la selección de materiales y en la organización de colecciones a ser expuestas en exhibiciones internacionales.

Hay otra pregunta que podría servir de inicio para todo este enredo. Unos pocos meses más tarde, logré consultar a Gabriel Bernardello, ex director del Museo Botánico sobre la práctica científica de estos dos naturalistas. Es abril de 2025, durante un conversatorio organizado por el octogésimo aniversario de la Sociedad Argentina de Botánica, cuando Bernardello afirmó:

estos eran unos científicos alemanes que estaban en Córdoba transportados como en paracaídas y vieron una oportunidad. Yo creo que ellos ni sabían lo que estaban haciendo los otros [el Ejército Argentino], y si sabían, ni les importaba. Ellos estaban juntando plantas, minerales, bichos y aprovechando la excursión. (G. Bernardello, comunicación personal, abril de 2025)

He aquí una imagen cristalizada de la tarea científica, cifrada en los parámetros del testigo modesto y que está atada a un registro de la pulcritud y la higiene de su propia visión: hacer botánica es clasificar y taxonomizar plantas de un modo, no sólo neutro y desinteresado, sino también sin pasiones, interés o prejuicios solo en vistas de un bien mayor que es el conocimiento total de la naturaleza.

Encuentro ecos de esta imagen en la figura que Donna Haraway (2004) recupera al analizar la tecnociencia, testigo modesto es aquel sujeto cuya subjetividad debe volverse invisible para que sus relatos operen como espejos diáfanos de la realidad. Al habitar lo que se denomina la 'cultura de la no-cultura', la figura del científico se pretende despojado de agencia, género o intereses políticos, presentándose como un ventrílocuo legítimo y autorizado del mundo de los objetos. En esta convención de auto-invisibilidad, el testigo modesto garantiza la pureza de los hechos al desaparecer de la escena; su mirada se asume como técnica y no política, permitiendo que sea la naturaleza —y no el hombre— la que parezca imponer el consenso. De este modo, la supuesta pulcritud de los naturalistas alemanes no es otra cosa que el ejercicio de una virtud moderna que les otorga el poder de establecer verdades objetivas mientras oculta la historia parcial y situada de su

propia visión¹.

Una vez pasado el conversatorio antes mencionado, donde consulte a Bernadelllo, sigo rumiando sobre Lorenz y Niederlein, ¿qué rol ocupaban?, ¿cuáles eran sus omisiones y qué ignoraban deliberadamente? Observo cómo, conforme se desplegaba el avance territorial, en paralelo a las figuras del líder militar (como Julio Argentino Roca y Conrado Villegas), los diplomáticos y los conquistadores, los naturalista-botánicos eran contruidos, por contraste, como la encarnación de una benevolencia pacífica y un altruismo marcadamente educado. Frente a la rigidez del oficial militar o del funcionario gubernamental, el naturalista recolector emerge como una figura benigna —e incluso doméstica—, definida por la inocencia y la modestia (Haraway, 2004). A diferencia de los actores abiertamente coercitivos, el naturalista impone una visión hegemónica que se presenta como inofensiva, enmarcando su producción de saber cómo un esfuerzo puramente descriptivo y desinteresado. Mary Louise Pratt (2011, pp. 38-40) conceptualiza este enfoque como una “apropiación abstracta y benigna” o una “visión de anticonquista”, mediante la cual la dominación territorial y biótica se encubre bajo el ropaje de la investigación objetiva.

Esa visión de la tarea científica, ahora logro descifrar, es una marca que forma parte del trauma en la memoria colectiva: ¿Cómo se despliega esa convivencia entre ciencia y avanzada militar? Intento descifrar el pacto subterráneo por el cual coinciden en un mismo espacio-tiempo una guerra de fronteras —masculinista— un proceso de exterminio y la ampliación del campo de saber botánico.

Entiendo que la práctica botánica converge en un mecanismo singular de biopoder —ejercido desde el estado-nación por el Ejército Argentino—, a través del cual se persigue la regulación espacial, se demarca el territorio y se impone la concentración de una vegetalidad expansiva. En otros términos, mediante la clasificación y la taxonomía, se intenta domesticar, estandarizar y capturar la dispersión constitutiva de la flora.

No obstante, como sostiene Jeffrey Nealon (2016), mientras que “la planta es capaz de expresar su *longue durée*”, cualquier clasificación que pretenda representar la vida vegetal debe estar “mejor equipada para hacer perceptible esa vida”, un desafío que expone los límites de la captura taxonómica y biopolítica. Esta política de la vida, conjugada como un *ars* de gobierno, supone la administración del territorio y sus márgenes geográficos —ríos, vías de navegación o infraestructura—, abarcando no solo a la población humana y animal, sino también, en un registro de subtexto, a las formas de vida no-humanas. Así, el ganado, la fauna nativa o introducida, e incluso los modos de existencia no vivientes como los minerales y combustibles, emergen como elementos que no han sido suficiente-

1 ¿O quizás la figura que sí operativiza esa función —esto es, la de dar testimonio de un modo no afectado por lo corporal, los intereses o los prejuicios— sea el “negrito Miguel”, sirviente y capataz agregado al doctor Lorentz durante la Campaña, quien además “sabe cocinar y asar admirablemente bien con muy poca leña” (Lorentz y Doering, 1881, p. 53)?



mente tematizados en el “bíos” de la biopolítica, históricamente confinado a vocabularios biomédicos².

Al enfrentarme a este archivo percibo que la particular epistemología del herbario —plantas desecadas y registros taxonómicos— está lejos de ser neutral; se trata, por el contrario, de un territorio en disputa donde convergen el poder colonial y la violencia epistémica. Es, en última instancia, el escenario donde se articula de manera técnica y sistemática el poder sobre la vida de las plantas. Además, este marco disciplinario opera dentro de lo que Nealon identifica como los “intersticios del régimen representativo del saber en Occidente”, donde los seres vivos quedan reducidos a una visibilidad fragmentada: “la planta y el animal no se presentan tanto en su unidad orgánica, sino por el patrón visible de sus órganos... la historia natural atraviesa un área de lo visible... sin ninguna relación interna de subordinación u organización” (Nealon, 2016, p.6). Por lo tanto, la imposición taxonómica del biopoder no solo territorializa la flora, sino que también oscurece su multiplicidad vital al privilegiar superficies estáticas y legibles por sobre procesos dinámicos y corporizados.

La botánica, deduzco, en su práctica inmersiva en terreno, pudo ver en el corazón de la Campaña del Desierto ese cadáver expuesto como una advertencia, como una trágica constatación de lo que estaba sucediendo. Creo que este proyecto también podría partir desde ahí, en ese vacío, en el olvido deliberado del daño.

Un desierto poblado de vida vegetal

Aunque también creo que la botánica funcionaba de otro modo —entiéndase bien—. La práctica científica de los naturalistas durante la expedición confluye, por un lado, con la mentalidad expansionista del positivismo militar y, por otro, con la configuración de una máquina de guerra que se predica sobre sus aparatos técnico-semióticos —la llamada “santísima trinidad” por David Viñas (2013); esto es, los telégrafos, los fusiles Remington y la red de ferrocarriles— hasta incluir, agrego, la evangelización cristiana de esos pueblos (la cruz y la biblia). Pero esto no sucede sino a través de una convergencia sincrónica —digamos, la confluencia epistemológica— en el trazado de la figura operativa del desier-

2 Para profundizar en la genealogía de estas tensiones, resulta imprescindible remitirse al origen mismo del término. El concepto de “biopolítica”, acuñado por Michel Foucault en una conferencia dictada en San Pablo en 1974, fue concebido inicialmente como una herramienta analítica para desentramar la lógica de la modernidad europea. Bajo este prisma, las fuentes sugieren que el poder estatal —consolidado a partir del siglo XVIII— deja de ser una mera instancia de soberanía territorial para articularse directamente sobre el “cuerpo” y la “población”. El objetivo de este despliegue no es otro que el de disciplinar, optimizar y expandir el potencial humano, inscribiendo la vida misma en una red de cálculos económicos y políticos destinados a maximizar la utilidad de la especie en función de los requerimientos del Estado. Si contrastamos la gramática cultural de la biopolítica al interior de su sintaxis compositiva, a partir de, por ejemplo, la distinción griega entre bíos y zoé, el axioma que adquiere una resonancia expansiva se refiere a ¿qué cuenta como vida?, ¿qué cuerpos y qué formas de vida son objeto del control y la administración del ciclo biológico de los cuerpos y las poblaciones?



to y, más aún, en el ejercicio singular de esta figura.

Una pampa yerma, interminable y baldía, esa tierra desierta, feroz y cruda donde pocas cosas viven. Cubierto de una serie de significantes vinculados a la soledad y el abandono bucólico, en la palabra “desierto” retorna la larga historia de apropiación territorial del Estado nación argentino y su posterior distribución desigual, mejor sería decir, des-distribución de la tierra. El desierto, según lo han trabajado Jens Andermann (2000), Fermín Rodríguez (2010), Javier Uriarte (2020; 2023) y más recientemente Ana Neuburger (2024), antes que la representación topográfica de un territorio, es una operación de fundación mítica que borra su carácter procesual y disimula su violencia constitutiva para emerger como un espacio natural e imagen de un vacío:

Cuanto que, por las descripciones de viajeros anteriores, estas regiones tenían la fama de ser desiertos. Pero estos exploradores no habían tenido ocasión de penetrar en el interior de esas regiones. Los indios salvajes eran sus dueños, y habrían hecho pagar con la vida al explorador que no se hubiese atrevido a llegar hasta sus tolдерías. No existía entonces un General Roca, para abrir estas vastas regiones a la civilización y a la industria, como también a la ciencia. (Lorentz y Niederlein, 1916, p. 56)

La conformación de este mecanismo, que ciertamente fue una operación intelectual de la Generación del 37', supuso el trazado de una espacialidad que funcionó como límite pero que se ubicó, precisamente, más allá de la línea de frontera. Sin ser totalmente seco ni totalmente plano, el paisaje desértico no remite a un ecosistema de beduinos, arenas secas y sol recalcitrante, sino que es pura proyección como ámbito de infinitas posibilidades y extensión absoluta³. El significado de la palabra latina —*desertus* de la que deriva desierto— evidencia una tradición de procedencia romana que denota el abandono, el olvido, lo solitario y desunido, dando a entender un lugar distante de lo humano o donde pierde comunidad. Una meseta infinita o un llano deshabitado, el espacio vacío es el resultado de un proceso de desertificación a la espera del comienzo de algo, esto es, el proyecto civilizador capaz de llenar de sentidos.

¿Cómo funciona un archivo vegetal, entonces, y cómo llega a formar parte de los territorios nacionales conquistados? El desierto se inscribe en un programa de acción que ocupa una posición dilemática y paradójica, está deshabitado, pero hay que conquistarlo, remite a la ausencia de población, pero se proyecta como un auspicio en la construcción de un país hacia el futuro —un sueño, una proyección o imagen de futuro de abundancia—. Se trata de un acto demiúrgico que instaura un grado cero de la historia y proyecta, desde allí, una imagen operativa del vacío. La condición esquivada del desierto delata la guerra no declarada, un territorio inhabitado e inhóspito que se conforma en promesa

3 La definición de desierto, en la tradición romana occidental, indica al espacio inhabitado o despoblado pero el significado de la palabra beduino niega lo anterior, escribe Valeria Mata (2020) y Ezequiel Gatto (2025), porque en árabe *as-Sahra* —de donde proviene Sahara— significa aridez y sequedad pero esto no incluye el vacío ni la ausencia de humanos, sino que abarca al “morador o habitante del desierto”.



a los botánicos y sus tecnologías de captura. Después, eso que llaman paisaje vacío está poblado de vida vegetal: “En una marcha rápida invernal de tres meses pudimos recoger más de 300 especies y la experiencia ha demostrado que estos desiertos, tan mal afamados, son regiones fertilísimas” (Lorentz y Niederlein, 1881, p. 45).

El desierto es una operación biopolítica —una tecnología de gestión política y un accionar concreto, *desertificar*—, cuyo mecanismo específico consiste en la producción de un vacío por desterritorialización y reterritorialización —o modos de composición de actualidades y virtualidades—, cuyo objeto paradigmático son las poblaciones, naciones, comunidades y tribus que ocupaban esos territorios (recordemos, mapuches, tehuelches, ranqueles, pampas). Pero es también un bioma, es decir, un entorno ecológico con características geológicas, físicas, químicas, biológicas y luego también económicas, culturales, sociales y cuya observación permite situar los dispositivos de poder y culturas de producción⁴. Un espacio deshabitado de vida animal-humana, sobre esa operación biopolítica —o de la gubernamentalidad liberal—, se inscribe solapadamente otro tipo de ceguera vegetal y un sesgo ecológico en torno al desierto: ya sea, porque los vegetales son considerados como un escenario inerte para la vida animal, ignorando su agentividad, o debido a que las plantas suelen crecer en proximidad y son relativamente estáticas, se tiende a agruparlas como una masa verde” indiferenciada, perdiendo de vista la individualidad de las especies. O por el hecho de que gran parte de la biomasa vegetal sea subterránea —las raíces— contribuye a que el organismo sea percibido sólo parcialmente, disminuyendo su presencia en la memoria visual (Parsley, *et al.*, 2022; Wanderse y Schussler, 1999) y específicamente, en los registros historiográficos.

Un dato relevante que se inscribe en esta zona de afinidad y que se refiere a las condiciones estacionales de la Campaña es que la excursión se realizó durante el otoño, precisamente en abril de 1879, tras el equinoccio de otoño ocurrido en marzo; por lo tanto, la flora nativa de la región se hallaba en estado de reducción y auto-producción, tornándose a colores ocres, marrones y deslucidos. El clima gélido y frío estuvo secundado por una aguda sequía que atravesaba gran parte del país y que explica la sed que sufrieron los soldados en combate. El desierto es entonces, un clima estacional contingente que se vincula directamente a las condiciones meteorológicas en la recolección de plantas, un territorio poco fértil, una tierra inhabitable, con una vegetación con una floración reducida a su mínima expresión.

La botánica forma parte de la programática de este espacio natural vasto e indómito que va a funcionar en la construcción de los cimientos del espacio nacional y que se convertirá en una cantera —o en el apetito científico— para los viajes exploratorios, las

4 Este marco posiciona a la botánica como un campo donde el poder se articula sobre la vida de las plantas, alineándose con la Teoría de las Plantas de Nealon, la cual busca “introducir lo vegetal en el dominio del biopoder” (2016, p. 11). Al situar al biopoder como lente analítico para la vida vegetal, allí se encuentra un punto de cruce y de tensiones, se trata de exponer los mecanismos mediante los cuales las plantas se convierten en sujetos de gobernanza, extracción y violencia epistémica.



excursiones y especialmente, para el relevamiento de la flora y su posterior nomenclatura. Reitero la pregunta previa, esto se trata, efectivamente, de preguntas más que de respuestas, lo mismo que escribir una historia: ¿Existe acaso una suerte de simetría entre la avanzada territorial cuyo origen es tanto militar como gubernamental y la avanzada del conocimiento botánico ligada a la práctica científica disciplinar?

Un museo vegetal: la tierra y la humedad de la memoria botánica

Los días transcurren, se enredan las conversaciones y se mezclan en este relato. Entre visitas al Museo Botánico y otras tantas excursiones vuelvo al archivo, revuelvo cajas con fotografías, busco entre sus papeles. Es diciembre de 2024. Un cartel indica “Tipos Expedición al Río Negro” sobre armarios corredizos. Aparece en forma de carpeta amarilla, preciosa y maltrecha, la colección herborizada, la manipulo lentamente con miedo y mucha cautela, el riesgo a su deterioro y desorganización son permanentes.

¿Cómo se estructura este archivo, por lo tanto? El archivo efectivamente reunido, se compone de diversos registros diferenciales, uno escritural, uno gráfico pictórico y otro de tipos vegetales. El primero y el segundo registro incluye al “Informe Oficial de la comisión científica agregada al estado mayor. Expedición al Río Negro (Patagonia). Realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879 bajo las órdenes de General Julio A. Roca” publicados por la Imprenta de Oswald y Martínez en el año 1881. En la entrega II correspondiente a Botánica y la entrega III sobre Zoología, ambos volúmenes incluyen láminas de dibujos naturalistas y el diario de viaje de Paul G. Lorentz y el zoólogo y geólogo Alfred Doering titulado “*Recuerdos de la Expedición al Río Negro*” (1879). El tercer y último registro del archivo se refiere a tipos vegetales, esto es, la colección de más de 300 plantas secas que se encuentra alojada en el Museo Botánico dentro de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba y una selección menor se encuentra alojada en el Museo Botánico de Berlín-Dahlem, organizada a partir de la excursión de Lorentz y Niederlein en 1879 y que forman un herbario cuyo trazado abarca la fitogeografía de los territorios comprendidos entre la provincia de Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y parte de Mendoza.

El archivo es un espacio-tiempo de almacenamiento y un punto de origen en la constitución del territorio de la nación (*arjé*) e inclusive carga con un legado que lo vincula con el coleccionismo, los objetos materiales exhibidos en vitrinas y los gabinetes de historia natural. Pero además el archivo es una vegetalidad en sí misma, porque se compone de un conjunto de elementos materiales que están constituidos por productos de origen vegetal. La recursividad de la flora, el archivo botánico de la expedición al Río Negro está hecho de papeles, cartones, carpetas y cintas, todos elementos de origen vegetal que en su estructura y organización tienden, presuntamente, a ser constantes, esto es, a preservar su condición efímera. Este es el lugar donde se niega el tiempo y el contexto ecológico de la vida, se afirman y se niegan simultáneamente. Organizado para preservar lo inconstante, el archivo alojado en el museo está organizado como un lugar

ajeno al orden del tiempo, en su interior reposan plantas detenidas para toda la eternidad, la naturaleza inexorable de la decadencia es reconocida y negada de inmediato. El archivo se intuye, entonces, como una colección que no sufre las inclemencias del tiempo porque las condiciones ambientales (calor, humedad, plagas y posibles hongos) están cuidadosamente controladas, de allí que no es objeto de los ciclos vegetativos o del carácter estacionario ni llega a experimentar el acoso que los días ejercen, en otros términos, la degradación inexorable de la materia es reconocida y negada de inmediato.

Sin embargo, algo del museo me resulta anticuado, el polvo, los estantes de madera y las bibliotecas vetustas, su quietud ante el entorno más inmediato. La Academia Nacional de Ciencias se encuentra circunspecta al espacio más céntrico de la ciudad donde circulan autobuses, peatones, muchísimos automóviles, mercancías y productos. ¿Qué puedo hacer ante la permanencia impasible del museo y sus herbarios, qué conexiones de flujos y qué otras circulaciones puedo intuir? Releo la propuesta de Michel Marder (2025) quien apunta a la posibilidad de vegetalizar este espacio. En su provocación crítica escribe que deberíamos trascender la misión tradicional de rescatar el patrimonio del flujo temporal y, en su lugar, permitir que el museo aprenda de las plantas cómo organizarse —y desorganizarse— mejor. Si el archivo actual funciona como una negación del contexto ecológico de la vida, un “museo vegetal” sería aquel que se reconozca como una forma dinámica de existencia, donde la conservación no signifique la parálisis metafísica, sino una relación metabólica con el tiempo (Marder, 2025, p. 97). En este nuevo orden, las carpetas amarillas y los papeles maltrechos de la expedición no serían reliquias aisladas en un vacío higiénico, sino parte de un arte biodegradable; una instancia donde el registro se integra al ciclo de la metamorfosis, aceptando que el crecimiento de las ideas siempre tiene su raíz en la descomposición de lo que les precedió. Allí se despliegan otras inquietudes, por consecuencia: “¿Qué aspecto tendría la colección —tanto en el proceso de coleccionar como las propias obras coleccionadas— en un museo que crece, se descompone y se metamorfosea como una planta?” (Marder, 2025: 94) ¿Qué relación guarda la práctica botánica, la avanzada militar por desposesión territorial y los procesos vegetales, su funcionamiento fisiológico, las nervaduras, brotes o la homeostasis vegetal con las colecciones y nomenclaturas taxonómicas?

Bajo esta luz, el archivo dejaría de operar bajo un modelo de sedimentación mineral para adoptar un crecimiento modular y multifuncional, expandiéndose como los meristemos de una planta hacia el exterior de sus muros. Al igual que la rizósfera subterránea, donde las raíces conviven simbióticamente con lo invisible, el museo vegetal hundiría sus raíces en el terreno convulso de la cultura urbana, alimentándose de lo descompuesto para promover una exposición viva y siempre provisional en la superficie. *Vegetalizar el archivo* de la expedición al Río Negro significaría, en última instancia, transformar ese almacenamiento estático en una interfaz de energías que no acumula, sino que hace circular el saber, liberando los futuros bloqueados por el pensamiento tradicional de la institución y permitiendo que la memoria se mantenga abierta.



Destreza visual y economía del conocimiento

Vuelvo al archivo y a la energía de los interrogantes que me inquietan: ¿Cómo funciona un archivo vegetal y cómo llega a formar parte de los territorios nacionales conquistados? ¿Cuáles son las operaciones, su prácticas y códigos internos que forman parte de la práctica científica de la botánica al tiempo que se inscriben en los procesos de exterminio y borradura?

En la carpeta amarilla que contiene la colección de plantas herborizadas, cuyo título homónimo es “Excursión al Río Negro”, nos encontramos con cientos de ejemplares clasificados según la nomenclatura binomial correspondiente a la convención europea procedente del sueco Carl von Linné. Un herbolario en particular me llama la atención, es la planta nombrada como *Mimosa Roca* (Figura 3) por Lorentz y Niederlein en 1881 en homenaje al coronel en jefe. Sabemos por el taxón que es un subarbusto enano con flores amarillas y que es el más austral de la familia tipo *Fabaceae*.

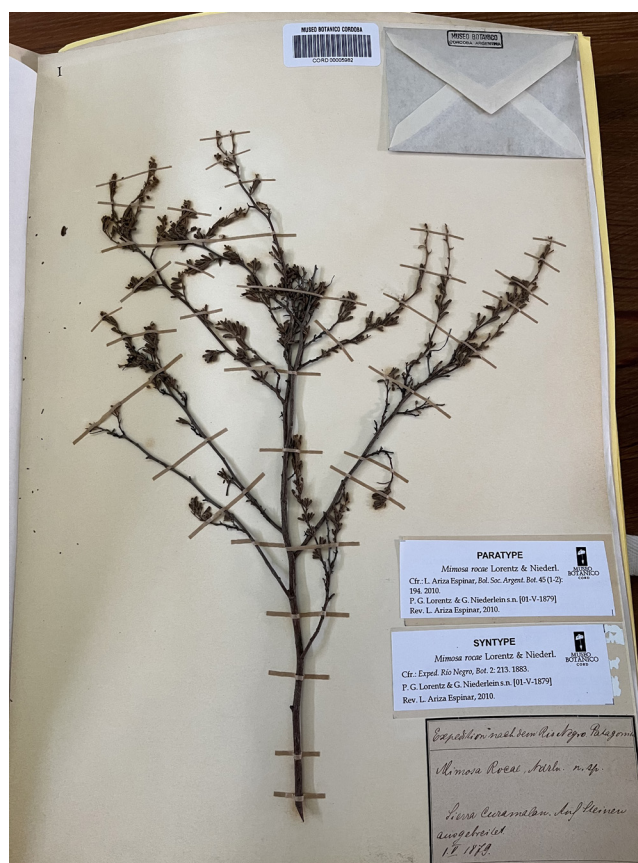


Figura 3. Ilustración de *Mimosa Roca*, Herbario Museo Botánico. Foto del autor.



Nombrar no es sólo repetir el mundo a través de la verbalización es además apropiarse de lo nombrado, acto demiúrgico que le ocupa, he ahí la victoria léxica sobre “los territorios conquistados”. La *mimosa rocae* es un espécimen floral que, debido a la técnica de desecación por espécimen prensado “muerto”, lleva en ese herbario más de ciento cincuenta años y que presenta, no obstante, un aspecto un tanto deslucido. Aun así, la planta presenta una materia hostil y seductora, demoníaca al tiempo que irresistible.

Detrás de la colección está una práctica científica heredada. Para abordar esto reviso textos sobre historia natural y botánica. Ahora comprendo que el trabajo de los naturalistas que estudio consiste en una observación que no es puramente fisiológica sino más bien del discernimiento, esto es, mirar, pero con arte, de una manera experta, lo que significa un conocimiento incorporado, a menudo refinado por una práctica tan entrenada como metódicamente formada. El mirar experto y la destreza visual son los rasgos centrales de su práctica comparativa y la base de su método para el establecimiento de correspondencias: ¿Cómo diferenciar plantas (específicas) dentro de la masa verde? Las publicaciones de historia natural proclaman una y otra vez que la visión constituye el mejor método para investigar la naturaleza y que las imágenes son el medio privilegiado de transmitir ese conocimiento.

Vuelvo, una vez más, al archivo. Regreso a la *mimosa rocae*, la planta desecada está presentada en una hoja acompañada por el blanco de la página y con unas pocas inscripciones que detallan la nomenclatura taxonómica. En el nivel superficial, la planta expuesta, las hojas y los tallos nos comprenden de la misma forma que nosotros intentamos comprenderla a ella. La colección está formada como un glosario visual que muestra una naturaleza instructiva. Los herbarios seleccionan partes de un espécimen —la flor y su anatomía, pero mayormente una rama y algunas hojas— que adhieren con cintas y las presentan en una página como un objeto.

Percibo que este enfoque pictórico, aplicado sobre la hoja que tengo frente a mí, funciona mediante una disección selectiva de toda especificidad geográfica, despojados de todo uso e información cultural, al borrar todas las capas, membranas y nudos de tejidos que son, efectivamente, el entramado de sostenibilidad de una planta. Esa visión aumentada y focalizada aparta de su vista el entorno inmediato, aspecto que demuestra un mecanismo de selectividad visual en funcionamiento: los herbarios documentan a la vez el acto de mirar y el de no mirar, o, en otros términos, de ignorar al mismo tiempo que percibir. A través de fragmentos botánicos aislados que parecen flotar en el blanco predominante de la página, este modo de presentación proviene de la historia natural europea y ha logrado instituirse en una verdadera convención estilística que se aplica de manera universal.

El entorno, la composición del suelo y las capas minerales, detalles que se van yuxtaponiendo como las características locales de los sedimentos, la descripción del sustrato orgánico e inorgánico y hasta los posibles polinizadores (insectos, animales, aves, etc.),



son todos elementos que están desarraigados en la visualización de los especímenes naturales. Aunque la existencia vegetal se basa en la metamorfosis, sus porciones en la superficie se abren a la energía solar y en la rizosfera subterránea donde las raíces viven simbióticamente con los hongos, minerales, fuentes de agua, bacterias y otros microorganismos (Marder, 2025, p. 95), el lenguaje pictórico, por contrario, dictamina la producción del conocimiento en los términos de una práctica cosmopolítica global y en una visión ciertamente extractiva de la naturaleza. Es decir, las plantas aisladas e individualizadas de sus entornos bióticos están transformadas como productos descontextualizados según modos estandarizados —el espacio global blanco— que garantizan su circulación por todo el globo (Bleichmar, 2016).

Sigo revisando la colección, estoy en el Museo Botánico junto con Mauricio Cerbellera quien me acompaña, es diciembre de 2024. En cada cartón una planta y al pie de cada una el nombre latino correspondiente en su economía léxica. Aunque el acierto taxonómico en la clasificación de Lorentz y Niederlein implica revisiones posteriores, tal como podemos observar, durante los años noventa por Armando Teodoro Hunziker y Gloria Estela Barboza y más recientemente, revisados en 2010 por Luis Ariza Espinar. La jerarquía taxonómica se concibe como un conjunto que incluye conjuntos, o una cadena acumulativa que va desde un individuo que puede ser agrupado para formar una especie y del mismo modo, varias especies pueden agruparse para formar un grupo más amplio, llamado género y desde allí, por acumulación de capas, hasta llegar a la familia. El estatuto epistemológico de la planta disecada es así fundamentalmente ambiguo, copia y original al mismo tiempo. Aunque el vegetal seco es aquí el original, así su realidad ejerce la función de certificado de sí misma al señalar la presencia, en algún lugar del territorio comprendido durante la Campaña, de la especie que representa comprendida entre el género y la variedad.

Nomenclatura fácil, práctica y operativa, lxs botánicxs la adoptan sin mayor problematicidad como una suerte de *lingua franca* universal. Al parecer, el progreso depende de una correcta atribución nominal, las especies noveles sólo serán reales una vez descritas y nombradas convenientemente. Heredera directa de la *Fundamenta botánica* (1736) de Carl von Linné, el uso de la nomenclatura binomial no está exenta de inconvenientes, porque dicha taxonomía se realiza sobre la base de una jerarquización epistemológica que pone en el centro a la morfología floral en menoscabo de la fisiología y la anatomía vegetal. El sistema de clasificación de Linneo sigue los principios de la lógica aristotélica, la división de clases es la división lógica, mediante la cual los sujetos se pueden organizar en clases y las clases se agrupan o distinguen porque se ajustan a una definición. Como primera palabra de la definición, Linneo introdujo el nombre del género al que la planta correspondía, y añadió a continuación aquellas palabras destinadas a determinar su diferencia específica. Es decir, la forma y la estructura, el taxón o los aspectos físicos de los organismos son el objeto privilegiado de estudio porque opacan, precisamente, el análisis de las funciones fisicoquímicas o los procesos metabólicos de las plantas.

Para trabajar en la recolección de ejemplares, la botánica se constituyó, desde su configuración inicial, como una ciencia nómada. Para leer la naturaleza, es necesario no sólo emprender largos viajes y realizar extensas expediciones en territorios vírgenes por descubrir y observar, sino también buscar la conexión con otros flujos, formando un trazado por conectividad y acoples, a través de la homologación en el sistema de clasificación binomial y seguidamente, en la circulación de los conocimientos obtenidos. En consecuencia, los intercambios y la tarea clasificatoria dibujan los contornos de un diálogo que circula desde la periferia sudamericana en dirección al concierto global de la ciencia.

Parte del ejercicio de la práctica botánica en la Academia Nacional de Ciencias suponía el envío de duplicados de especímenes hacia August Grisebach —el geobotánico alemán quien dirigió el Jardín Botánico de Göttingen— y también a Georg Hieronymus —sustituto de Lorentz en la Academia Nacional de Ciencias, quien ocupó el cargo de curador del Museo Botánico de Berlín— en vistas de su contraste y validación taxonómica, clasificación binomial en lengua latín —fig. *mathesis universal*—. Una política de designación, entonces, el acto de nombrar les permite simultáneamente elucidar los problemas de equivocidad y polisemia que su ciencia padece al tiempo que les habilita a poner en conexión —red de internacionalización global que va desde Córdoba hacia Alemania— su conocimiento de taxonomía en el concierto global de la ciencia o al menos, la posibilidad del cotejo y validación con los grandes centros metropolitanos de producción de conocimiento⁵.

Embarcados en un tipo de empirismo colectivo, la observación era, con frecuencia, un esfuerzo colectivo, mientras compartían y comparaban sus especímenes, cotejaban imágenes, objetos y palabras. Cualquier discrepancia entre los materiales publicados y el espécimen observado brindarán la oportunidad de contribuir a la bibliografía con una corrección. Aún mejor: si la planta no aparece en ninguna de las fuentes existentes sobre la flora sudamericana, lxs naturalistas en Córdoba podrán describirla en una publicación y convertirse así, en los descubridores de una nueva especie. La naturaleza debía ser nombrada por aquel que la había descubierto, como una declaración de intenciones léxicas o cómo tomar posesión de la naturaleza: ese acto de apropiación perfectamente justo y natural para su protagonista.

La ciencia natural practicada por lxs botánicxs tenía un carácter global y comparativo usaban los libros como instrumentos para crear, con la naturaleza local, especímenes globales⁶. Detrás de cada intercambio botánico había una economía del conocimiento que jerarquiza, traduce y muchas veces borra los saberes previos existentes. Dicha circulación

5 El sistema de Tournefort, apunta Calderón Quindós (2018), supone un alfabeto desplegado en la naturaleza. La planta es como una palabra y a cada estructura le corresponde una grafía. Concluida la observación, el botánico puede deletrear la planta como si la viera escrita letra a letra.

6 Los naturalistas europeos arman con piezas de todos los continentes, escribe Bleichmar (2016, p. 76), un rompecabezas para formar una imagen del mundo entero, de modo que no había solución de continuidad entre el estudio de la naturaleza americana y el de otras regiones.



que marcó, ciertamente, la consolidación moderna de la ciencia positivista, estuvo atravesada por omisiones y cancelaciones de otros saberes, del uso medicinal de las plantas o de sus usos rituales, religiosos, recreativos, propiciatorios, ornamentales o mercantiles. En palabras de Samir Boumediene: “la circulación de un producto siempre involucra la ‘no circulación’ de algo [...] En este sentido, las ‘conexiones’ son en parte procesos de separación” (2024, pp. 33-34).

Es en el archivo botánico de la “Excursión al Río Negro” donde encontramos información relativa al estudio y extracción de las plantas, pero carecemos de un registro por parte de lxs indios, pueblos nativxs y originarixs. Esta asimetría no es solo un parámetro de estudio, estos huecos, rastros y vacíos forman parte de la historia por contar. En primer lugar, porque la desigualdad documental traduce una desigualdad política: no todas las culturas disponen de los mismos medios para registrarse a sí mismas o para registrar a otros. En segundo lugar, porque esta asimetría traduce la pluralidad de relaciones con la transmisión: no todos los pueblos y culturas conceden la misma importancia al hecho de depositar su existencia en un archivo. Así, siguiendo a Boumediene (2024), entonces, en este proyecto, concibo la asimetría como el medio necesario para contar este enredo y esta historia.

Brotes, raíces, rizomas

La mejor escena para terminar, que seguramente era la mejor para partir y no se me ocurrió incluir en el inicio, tiene que ver con la expedición, las máquinas de guerra, las travesías y la institución. La universalización de los binomios latinos supone así un proyecto de homogeneización, pero también la anulación del conocimiento indígena previo y manifiesta el menoscabo por el resto de culturas. Esta reducción de lo desconocido a lo conocido, ya sea completa o parcial, contribuye a borrar la especificidad de un mundo no obstante inexplorado. De allí la necesidad de expandir el análisis hacia los procesos de aniquilamiento que dejan huellas, rastros y vacíos, pero no registros taxonómicos tradicionales. O, en otros términos, propongo leer el archivo a contrapelo porque este puede transmitir tanto como encubrir, porque es posible especular ficcionalmente cómo los Pueblos Indígenas también concebían esas vegetalidades y qué lugar ocupan en la museificación, el espacio que ocupa ese vacío y como ese hiato se filtra por sus grietas.

No sabemos cómo contar esta historia de enredos, brotes y tallos, un archivo dentro de un museo, un boticario de plantas que a estas alturas ya no es propiedad de la ciencia botánica, es de quien lo consulta, es de sus visitantes como de lxs investigadores que lo resguardan, es de la Universidad Nacional de Córdoba y quien sabe de cuánta gente más. A pesar de ello, la misión del museo de preservar y acumular patrimonio del pasado, arrebatado y rescatado del flujo temporal es síntoma de indigestión cultural, de un gran fallo de metabolización.



Lo que sigue lo conocemos en parte. El tiempo de la vegetación sale a flote en el desorden, sin inicios ni finales, sin antes o después, se mezclan con el archivo y con “hablar en presente dentro del museo”, como apunta Ana Longoni, con los recuerdos recientes y antiguos: “¿Se puede abrir una rendija a la calle por donde entre no solo luz, sino también penumbra, ruidos, olores, incertidumbre, miedo, cuerpos, afectos, solidaridades?” (Longoni, 2025, párr. 1).

Llegados a este punto, un tallo da lugar a una nervadura y las plantas que observamos comienzan a inundarlo todo. Donde pisemos hay plantas, vida vegetal y un tipo de memoria hecha de vacíos y silencios, un territorio y un manto de flora y sobre este, el olvido deliberado del daño. Necesitamos, empero, habitar este nudo que no ha podido cortar la espada, la máquina de guerra de la historiografía oficial y sus herencias posteriores, necesitamos estudiar prolijamente las vueltas y revueltas de los hilos que lo forman y buscar en los antecedentes nacionales de la botánica, los puntos en que están pegados para vislumbrar un deseo de aprendizaje de las plantas, una multifuncionalidad, por lo tanto, una membrana viva.

Referencias bibliográficas

- Andermann, Jens (2000). *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Beatriz Viterbo.
- Bleichmar, Daniela (2016). *El imperio visible. Expediciones botánicas y cultura visual en la Ilustración hispánica*. FCE.
- Boumediene, Samir (2024). *La colonización del saber. Una historia de las plantas medicinales del “nuevo mundo” (1492-1750)*. Tinta Limón.
- Calderón Quindós, Fernando (2018). *Filosofía vegetal. Cuatro estudios sobre Filosofía e Historia Natural*. Abada.
- Farge, Arlette (1991). *La atracción del archivo*. Alfons el Magnànim.
- Foucault, Michel (1999). Nacimiento de la medicina social. En *Obras Esenciales, Volumen II. Estrategias de Poder* (pp. 363-384). Paidós.
- Gatto, Ezequiel (2025). *Memorias del futuro*. Casa grande.
- Haraway, Donna (2004). Testigo_modesto@segundo_milenio. En *The Haraway Reader* (pp. 223-250). Routledge. (Traducción de Pau Pitarch).
- Longoni, Ana (2025). Alejandra Fenochio, ‘ahora. En *Texto curatorial homónimo*. Museo Nacional de Bellas Artes. [Sin numeración].
- Lorentz, Paul G., & Doering, Adolfo (1916). Recuerdos de la expedición al río negro. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba*, 21.
- Lorentz, Paul G., & Doering, Adolfo (1881). *Botánica. Informe oficial de la comisión científica agregada al estado mayor general de la expedición al Río Negro (Patagonia)*. Imprenta de Oswald y Martínez.



- Marder, Michael (2025). Apuntes sobre un museo vegetal. En Alicia Ruiz Muñoz (Ed.), *Agenciamientos ecológicos: Arte y gobernanza en la era de la crisis climática* (pp. 91-107). Bartlebooth.
- Mata, Valeria (2020). *Todo lo que se mueve*. Documenta Escénicas.
- Nealon, Jeffrey (2016). *Plant theory: Biopower and vegetable life*. Stanford University Press.
- Neuburger, An (2024). *Imaginarios del espacio y restos materiales en ficciones argentinas contemporáneas* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Córdoba]. Repositorio Digital UNC. https://ffyh.unc.edu.ar/secyt/wp-content/uploads/sites/22/2024/04/EBOOK_NEUBURGER.pdf
- Parsley, Kathryn M., Daigle, Brent J., & Sabel, Jeffrey L. (2022). Initial development and validation of the plant awareness disparity index. *CBE—Life Sciences Education*, 21(4), 1-14. <https://doi.org/10.1187/cbe.20-12-0275>
- Pozzo, Antonio (1879). *Álbum de vistas. Expedición al Río Negro. Abril a Julio 1879* [Álbum fotográfico]. Archivo del Museo Roca - Instituto de Investigaciones Históricas.
- Pratt, Mary Louise (2011). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. FCE.
- Rodríguez, Fernando (2010). *Un desierto para la nación*. Eterna Cadencia.
- Uriarte, Javier (2020). *The desertmakers: Travel, war, and the state in Latin America*. Routledge.
- Uriarte, Javier (2023). Desert. En Jens Andermann, Gabriel Giorgi, & Victoria Saramago (Eds.), *Handbook of Latin American environmental aesthetics* (pp. 141-156). De Gruyter.
- Viñas, David (2013). *Indios, ejército y frontera*. Santiago Arcos.
- Wandersee, James H., & Schussler, Elisabeth E. (1999). Preventing plant blindness. En *The American Biology Teacher*, 61(2), 82-86.
- Yuszczuk, Marina. (2025). *Historia natural*. Blatt y Ríos.

Martín De Mauro Rucovsky

<https://orcid.org/0000-0001-9423-9474>

martinadriandemauro@mi.unc.edu.ar



Es investigador y docente cordobés, especializadx en biopolítica, animalidad, precariedad, estudios de género, feministas y culturales latinoamericanos. Es doctorx en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Realizó estancias doctorales en BUAP (México) y posdoctoral en el Centro de Investigaciones y Estudios de Género de la UNAM (México). Actualmente codirige el proyecto PICT “*Bio/ Geo / Cosmopolíticas: imaginarios planetarios desde América Latina (1990-2020)*” y forma parte del equipo KURTZ 139 *¿Una región inmensa de rocas y de pampas inhospitalarias? Imágenes, narraciones y experiencias en las sierras de Córdoba*. Es autor de los libros “Fugarse de época. Cultura y precariedad en México” (editado en Argentina 2025 y en México 2026); “Bios precario. Cultura y precariedad en Latinoamérica” (2023, ediciones en España y México); “Cuerpos en escena. Materialidad y cuerpo sexuado en Judith Butler y Paul B. Preciado” (2016, con edición en portugués, 2024) y editor de volúmenes colectivos como “Metafísicas sexuales y Cuerpos prescindibles”. Se desempeña como profesorx invitadx en doctorados y maestrías de universidades nacionales (UNTREF, UNR, UNSAM) e internacionales (UNAM, Universidad Iberoamericana, BUAP). Es miembro activo de LASA, de la Latin American Interdisciplinary Gender Network (Yale-UNAM).. Su trabajo combina la crítica cultural, las humanidades ambientales y una reflexión rigurosa sobre los modos de vida precarios en el capitalismo contemporáneo.

